



LA GESTA HEROICA DEL SOLDADO JUAN



Al atardecer de aquel mismo día, supo Mora que el enemigo se encontraba a pocas leguas de Rivas y que marchaba hacia ella. Antes de saber la noticia, se había mandado una escolta por el camino que debían traer. Walker, con especial astucia, flanqueó la escolta y siguió adelante; lo mismo hizo al día siguiente, con el bata-

llón que se mandó a batirlo, al saberse que seguía avanzando. Este batallón iba al mando del Mayor don Clodomiro Echandi.

Vencidos estos dos obstáculos, todo estaba en favor de Walker: iba a conseguir lo que deseaba: dar una sorpresa al ejército costarricense. Las sorpresas militares son siempre terribles, e inclinan notablemente la balanza de la victoria en favor del que las da. Si los más disciplinados ejércitos al verse sorprendidos caen en el desconcierto y en el desorden, cuánto más grande debía de ser la turbación de aquellos campesinos que casi por vez primera empuñaban un arma. El golpe filibustero fue seguro e indudablemente el Estado Mayor de Mora habría caído en manos del enemigo, si el amor a la patria, que como todos los grandes amores improvisa hasta la experiencia y la serenidad, hijas sólo del tiempo y la costumbre, no hubiese infundido en el alma del Teniente don José María Rojas la calma de los veteranos. Este, en el momento de más tribulación, en el instante preciso de la sorpresa, arrebató a un soldado su fusil con certera puntería dio muerte al jefe Machado.

Aquel disparo fue el punto de partida del cruel combate que iba a emprenderse y a la vez el anuncio de la futura victoria. La lucha comenzó sangrienta y terrible, con gran desventaja para los aturridos costarricenses. Felizmente el mismo horror del combate encargó de cambiar en ellos la incertidumbre, en fe; sorpresa, en coraje; el desconcierto, en heroísmo.





T

odos comprendieron que el triunfo no estaba en la estrategia ni en la astucia, sino en el valor, y

con denuedo que asombraron ofrecieron sus pechos a las balas enemigas tratando de desalojar a los contrarios, de las casas que ocupaban. Hubo varias alternativas y aún llegó ocasión en que las tropas de Mora creyeron que había sonado la hora de la derrota. Estos momentos difíciles, en vez de acobardarlos, los enardecía, de tal modo que a eso de las once de la mañana, los fi-

libusteros casi no tenían ni refugio que el llamado Mesón de Guerra, mientras que sus encarnizados combatientes eran dueños del resto de la ciudad y tenían francas las principales salidas; sin embargo, el refugio de los filibusteros era seguro, casi infranqueable: desde allí bien parapetados, y con la ventaja grande que les daba la certeza de hábiles tiradores que podían aún hacer grandes estragos y quien sabe si el hacerse y triunfar. Era preciso desalojarlos de su posición haciendo cualquier sacrificio: el único medio era dar fuego al Mesón.

Con tal motivo, el General Cañas, en lo más duro de la re-

friega, gritó:

- "Muchachos, ¿no habrá entre tanto valiente alguno que quiera arriesgar la vida incendiando el Mesón por salvar a sus compatriotas?"

- "Yo iré, pero les encargo que no se olviden de mi madre."

Entonces aquel oscuro hijo de Alajuela, aquel hombre, mezcla tal vez de indio y negro, pero que es digno hermano del cacique Urraca, se armó de la tea incendiaria y fue a dar fuego al Mesón; y, al transfigurarse en el Tabor de hermoso y noble sacrificio, se convirtió en hombre-símbolo.

Máximo Soto Hall



En esta aldea -cualquiera de nuestras pequeñas aldeas en el año 1856- Barba, Aserri, Escazú o Pacaca- a una cuadra de la plaza central, casi debajo del campanario de la sencilla iglesia, el sol de media mañana alumbraba la casita campesina que vamos a visitar.

Es una casita de adobes; la cobija un techo nuevo de tejas rojas; blancas, las paredes lucen recién encaladas; dentro de la casa todavía se respira el saludable olor de la lechada de cal. Un pequeño corredor al frente, con su banca tosca, con sus plantas de adorno -helechos, begonias, guarias-; un zaguán estrecho, una salita de piso de tierra apisonado, dos dormitorios oscuros, sin ventana, una cocina cómoda, forman el conjunto de la vivienda.

Si salimos de la cocina vemos el solarcito, como de un cuarto de manzana, dividido de los solares vecinos por sencillos cercados de espinosa piñuela. Por este solar pasa la acequia en donde la mujer recoge todas las mañanas, con las claras del alba, el agua que ha de emplear para el consumo diario. En el solar crecen numerosos árboles: aguacates, mangos, limones, hitavos. Hay también dos surcos de caña de azúcar y algunos porós cubiertos por la fresca y tupida hojarasca de las chayoteras.

En el solar, junto a una troje de vara en tierra, techada con secas hojas de caña, troje para guardar el maíz, el café, los fri-

joles del año, se ve un gallinero hábilmente construido; en él duermen, seguras, las gallinas: ni la comadreja ni el zorro las sorprenderán en sus correrías nocturnas.

Al pasar por las habitaciones de la casa hemos visto los muebles sencillos, aseados, ordenados; no los hay de lujo. La familia de esta casa sólo tiene lo necesario para vivir sin estrechez.

Aquí habita sin duda una familia feliz; una familia de labriegos sin miseria: una familia de "conchitos". Esta campesina guapa, de unos veinte años, es la mujer de la casa. Lleva el cabello partido, con carrera en medio, y recogido en dos abundantes trenzas que le caen por la espalda. Blanca y limpia es la camisa de gola que le cubre el busto; amplias, las enaguas de zaraza sobre las que resalta un delantal bordado con caballito. Ahora anda descalza; sus pies son anchos, blancos, sin deformaciones; sólo los domingos se los calza para ir a misa.

La mujer de esta casa puede llamarse María Manuela, o María Francisca, o María Mercedes, o María Josefa, o María de Jesús. Es madre de cinco niños. Desde su matrimonio ha venido criando un niño por año. La mujer de esta casa hace todos los oficios domésticos y muchas veces ayuda a su marido en trabajos del campo, como coger el café de un cafetalito propio, arrancar los frijoles, o cosechar una milpa.

La mujer de esta casa es el brazo derecho de su esposo: trabajando día a día desde que sale el sol hasta bien entrada la noche, le ha ayudado a hacerse de las comodidades de que ahora disfruta la familia: la casa propia, una finquita de café potrero, dos vacas lecheras, una yunta de bueyes con su carreta, una cerda de cría numerosa averío, patos y gallinas, sobre todo gallinas ponedoras.

Ahora, en la cocina de la casa está María Manuela quebrando maíz, mucho maíz. En tanto le da a la piedra puesta sobre el moledero, tiene los ojos llenos de lágrimas: no es el humo de la leña, es que está preparando masa para el bizcocho durable, ese bizcocho duro que aguanta semanas, bizcocho totoposte, pan para soldado, para su marido que se marcha a defender la Patria, invadida por los filibusteros.

-¡Qué Dios me lo ampare...! ¡Qué Dios me lo saque con bien de este trance!

Y muele, y muele, segura de que su marido se va a la frontera a defender porvenir de sus hijos, a defender su casa de tejado rojo, su solar con chayoteras, finquita de café y potrero, sus vacas, sus bueyes y, sobre todo, a defender el honor de la mujer de la casa: de todas las Marías Manueles, de todas las María Josefás de este pueblecito aldeano, uno cualquiera que alumbraba el sol en la Meseta Central de nuestra Costa Rica.

T
o
t
o
p
o
s
t
e

Carla
Lara
Calle